

---

## ACTO PRIMERO

---

### PRIMER CUADRO

El escenario representa una plazoleta en el parque del castillo de Epinoy. Algunas sillas rústicas y una mesita campestre. Bosquecillos, estatuas y senderos que dan vuelta. Es de noche. En el fondo, á la izquierda, se percibe un ala del castillo, de cuyas ventanas salen torrentes de luz. Una puerta vidriera, precedida de algunos peldaños, da acceso á los salones. Por el parque brillan aquí y allá farolitos á la veneciana. De cuando en cuando se oye una orquesta que ejecuta bailables.

De Epinoy, de Rhodas, el Príncipe de Chagres y Sartigny, en traje de etiqueta, se pasean por el fondo, fumando. Aparecen y desaparecen detrás de los árboles. En primer término están Julieta y la Princesa, ambas en traje de baile y cubiertas con abrigos adecuados al traje. La Princesa contempla vagamente las iluminaciones del parque, á las que dos criados dan la última mano. Julieta vigila á los criados y les da órdenes.

### ESCENA PRIMERA

LA PRINCESA (*con aire distraído*).

Esto está muy bien... muy bonito.

JULIETA

¿Verdad que sí? A mí me encantan los farolitos colgados de los árboles.

LA PRINCESA

Sí, es muy poético... pero haced que no iluminen demasiado... Es preciso dejar algo en la sombra para los aficionados á ella.

JULIETA (*sonriendo*).

Pensáis en todo, Princesa... (*Dirigiéndose á un criado*.) Basta, no hacen falta más luces en la plazuela, Bautista... Colocad algunos farolitos en los alrededores del estanque é iluminad también un poco la casa de los cisnes...

BAUTISTA

Está muy bien, señora.

(*Los criados se alejan, llevándose los farolitos.*)

## ESCENA II

LA PRINCESA, JULIETA

LA PRINCESA

¿De modo que esperáis mucha gente?

JULIETA

Sí... á toda la que se puede esperar en el campo... Asistirán, en primer lugar nuestros huéspedes, y vendrán además algunos amigos de París y todos los de los alrededores... Mi marido ha sido tan amable que me ha permitido extender un poco las invitaciones, por más que esto le desespera... pero sabe lo aficionada que soy á esta clase de fiestas y...

LA PRINCESA

Y no puede rehusaros nada... es muy natural. (*Confidencialmente.*) De modo que eso continúa siempre muy bien, ¿no es cierto?

JULIETA

¿El qué? querida Princesa.

LA PRINCESA

¿Qué ha de ser? Vuestro matrimonio... Ya sabéis que tengo derecho á interesarme por que así sea.

JULIETA

Ya lo creo; y sería yo muy ingrata si os negase ese derecho... ¿No ha sido obra vuestra nuestra boda? En realidad vos habéis sido quien me ha casado.

LA PRINCESA

No tengo por qué negarlo... pero creed, querida mía, que no he hecho con vos más que lo que hubiera querido que hiciesen conmigo... Os vi juntos, y me dije: he aquí dos seres, deliciosos ambos, que han sido evidentemente creados el uno para el otro. Pues bien, ¡Dios mío!, unámoslos... y bendigámosles... ¡Es tan raro encontrar parejas tan iguales!... Sin embargo... hubiera podido equivocarme á pesar de mis excelentes intenciones... Creo conocer bien al señor d'Épinoy... pero es lo cierto que no se conocen nunca con seguridad los pensamientos íntimos de estas gentes de tan correcta apariencia... Por eso

me encanta saber por vos misma que os hace completamente dichosa...

JULIETA

Completamente.

LA PRINCESA

¿No hay ninguna nubecilla?

JULIETA

Ni siquiera ha habido la sombra de una... en los dieciocho meses que llevamos de matrimonio.

LA PRINCESA

Admirable... Vos ¿le queréis mucho?

JULIETA

Muchísimo.

LA PRINCESA

¡Pobre niña!... ¡sois un ángel!... Y él, ¿os corresponde?

JULIETA

Creo que sí... Cierto es que apenas me lo dice... pero ya sabéis que no son propias de su carácter esas expansiones.

LA PRINCESA

Vamos, es un poco frío.

JULIETA

¡Ah! no... frío precisamente no... pero... ya le conocéis... es poco comunicativo... algo reservado y un

tanto burlón... en fin, yo le amo tal como es... y comprendo que, en el fondo, es muy cariñoso...

LA PRINCESA

Eso es lo principal.

JULIETA

Así lo creo, querida Princesa... No negaré que me gustaría verle salir, algunas veces, de su reserva... oírle murmurar, de cuando en cuando, á mi oído frases agradables, como las que en estos casos se dicen en el teatro... ¡Oh! sí, sí, me gustaría mucho... pero al fin y el cabo él es bueno, es digno, es caballero... yo le encuentro encantador, soy muy dichosa (*cogiéndole las manos*) y os agradezco y os agradeceré siempre la parte que habéis tomado en mi felicidad.

LA PRINCESA (*besándola en la frente*).

Querida mía... me es bien agradable escuchar tales noticias...

¡Pobré de mí! Ya sabéis que en punto á felicidad, me veo obligada á refugiarme en la de los demás.

JULIETA

Pero, Princesa...

LA PRINCESA

¡Oh! es indudable que no tengo agravios serios contra el Príncipe, que es un perfecto caballero y que positivamente no tiene defectos graves... sólo tiene extravagancias, pero son extravagancias inso-

portables... Esa manía, por ejemplo, de contarme sus triunfos, sus aventuras galantes anteriores á nuestro matrimonio... para probarme hasta qué punto era adorable é irresistible... ¿Qué me importa á mí ¡Dios mío! que lo haya sido, si no lo es ya?... Y además, esos inconcebibles celos, que niega tan rotundamente, pero que en realidad empozoñan su vida y la mía... Siempre vigilándome, mirándome constantemente á los ojos, á fin de ver en ellos si le engaño... ¡Creo que llegará un día en que se haga peligroso!... ¡Ah! heleaquí... Por lo demás, excelente, ¡inmejorable!

### ESCENA III

(*Entran el Príncipe, de Epinoy, de Rhodas y Sartigny.*)

EL PRÍNCIPE

¡Ah! ¡Querida, os buscaba!

LA PRINCESA

Lo presumía, amigo mío.

EL PRÍNCIPE

Temía que os enfriáseis...

LA PRINCESA

No, por cierto.

EL PRÍNCIPE

Verdad es que la noche está notablemente hermosa para encontrarnos, como nos encontramos, en el fin del otoño.

JULIETA

Sí; me da lástima tener que volverme á la casa.

EL PRÍNCIPE

¡Cómo! ¿No os quedáis un momento con nosotros?

JULIETA

No, querido Príncipe... en primer lugar, porque no me agradan los hombres cuando acaban de levantarse de la mesa. Suelen estar demasiado amables... Y además, porque empiezan á llegar carruajes... y tengo que cumplir mis deberes. (*A de Rhodas.*) Y bien, Pedro, ¿qué os parece la iluminación?

DE RHODAS

¡Magnífica! Cualquiera creería encontrarse en el café de Embajadores.

JULIETA

¡Insolente! ¿Venís, Princesa?

LA PRINCESA

Sí, querida; os sigo.

DE EPINOY

Dispensad, Princesa... ¿Os dignáis concederme el honor de bailar conmigo el primer vals?

LA PRINCESA

Preguntádselo á mi marido.

EL PRÍNCIPE

¿A mí? ¡Vaya una broma! ¿Desde cuándo necesi-

táis mi permiso para conceder un vals? ¡Cualquiera diría que os proponéis ponerme en ridículo!

LA PRINCESA (*á de Epinoy*).

Entonces, concedido.

(*La Princesa y Julieta se alejan y entran en el castillo.*)

#### ESCENA IV

EL PRÍNCIPE, DE EPINOY, DE RHODAS Y SARTIGNY

EL PRÍNCIPE (*sentándose*).

Es una verdadera manía la que tiene la Princesa de hacer que me crean celoso... á mí, que soy, no diré indiferente... pero sí confiado como un niño... hasta el punto de que algunas veces me reprocha la razón el llevar hasta el exceso esta confianza... porque al fin y al cabo, preciso es confesar que los antiguos calaveras de los boulevares, como vosotros, y como yo... que conocen el fondo y el doble fondo de las cosas, y que á pesar de eso se atreven á casarse, dan una gran prueba de valor.

SARTIGNY

¿Cómo?

DE RHODAS

¿Por qué, querido Príncipe?

EL PRÍNCIPE

Seamos francos, señores; existen en el mundo mu-

jerer más ó menos difíciles... esto es indudable; ¿pero las habéis visto jamás imposibles? ¿Habéis encontrado en vuestra vida alguna mujer que haya resistido á un sitio continuado con habilidad y perseverancia? Yo, por mi parte, jamás... ni vosotros tampoco.

DE EPINOY

¡Oh! dispensad.

SARTIGNY

Eso es un poco absoluto, querido Príncipe.

EL PRÍNCIPE

¡Ni vosotros tampoco, ea!... Pues bien; seamos lógicos. Si la experiencia nos demuestra tan claramente que no existe ninguna mujer incorruptible, ¿cómo podemos figurarnos que ha de serlo la nuestra? Por supuesto, que no digo esto por la Princesa... que es, verdaderamente, una mujer excepcional; pero es lo cierto que no todos podemos enorgullecernos de habernos casado con excepciones.

DE RHODAS

Es preciso rechazar esas ideas, querido Príncipe.

EL PRÍNCIPE

Si yo las rechazo... ó por mejor decir, no tengo necesidad de rechazarlas, porque no me asaltan, ó al menos es preciso que reflexione sobre ellas para que acudan á mi imaginación. Hay más; puedo asegurar que de persona determinada—¡esto sí que es curio-

so!—de persona determinada no he tenido celos más que una vez en mi vida.

DE RHODAS

¡Hola, conque una vez habéis estado celoso! ¿Y cómo fué eso?

EL PRÍNCIPE

Sí, una sola vez; y os váis á admirar todos al saber de quién: del bueno de Epinoy, que está presente.

DE EPINOY

¿De mí, Príncipe?

EL PRÍNCIPE

Sí, por cierto... ocurría esto algún tiempo antes de vuestro matrimonio... hace dos años. Yo ignoraba entonces vuestras pretensiones á la mano de la señorita de Cerences, vuestra encantadora esposa en la actualidad... Ignoraba también que la Princesa se hubiese encargado de facilitar este matrimonio... Ya sabéis que á las mujeres les agrada mucho el misterio, sobre todo en esas materias... En una palabra, vuestra asiduidad en aquella época, vuestras tiernas actitudes... mil circunstancias, empezaban á despertar mi atención, cuando vuestro matrimonio vino á explicarlo todo, con gran honor para vos y gran confusión para mí... Os debía esta confesión, querido amigo... (*Se estrechan la mano, sonriendo.*) Como os decía, esta es la única vez que he tenido la sombra de una veleidad celosa.

DE RHODAS

¡Dispensad, Príncipe; pero he oído decir que os habiais batido en Florencia hace tres años, matando á vuestro rival!

EL PRÍNCIPE (*discretamente*).

¡Sí... fué un asunto bien desgraciado! Borgo Forte, ¿no es cierto? ¡Sí... pobre muchacho, pero no fué en modo alguno por cuestión de celos!... ¡Se trataba de un asunto enteramente distinto... de una mala inteligencia... de una disputa de club! Lo sentí mucho. (*Levantándose.*) ¡Ea! señores, ¿vamos á ver bailar á las señoras?

DE EPINOY

Os acompaño, Príncipe... Tengo también que cumplir mis deberes en el salón.

EL PRÍNCIPE (*dándole el brazo*).

Sí, es preciso que hagáis los honores de la casa... ¡y no olvidéis que estáis comprometido para el primer vals con mi mujer! (*Entran en el castillo.*)

## ESCENA V

SARTIGNY, DE RHODAS

SARTIGNY

¿Sabéis, de Rhodas, que nuestro amigo de Epinoy representa un papel muy poco correcto con este estúpido?

DE RHODAS

¿Qué papel? No comprendo...

SARTIGNY

¡Ah! ¡ya!... ¿Tenéis lumbre? (*encendiendo de nuevo el cigarro*). De Epinoi tiene aquí una bonita propiedad... Con esa herencia ha doblado su fortuna, y —dicho sea de paso— á vos es á quien se lo debe.

DE RHODAS

Se lo debe á su tío, de quien era legítimo heredero.

SARTIGNY

Sí; pero le disputaban la herencia... había dificultades... un testamento—una captación,—no sé cuántas cosas... el caso es que se originó un pleito y que vos defendísteis á de Epinoi y ganásteis el asunto.

DE RHODAS

Sin tener en ello ningún mérito; estaba de su parte toda la razón.

SARTIGNY

Creo, por el contrario, que habéis tenido gran mérito... no solamente habéis hecho gala de vuestro gran talento, como siempre... sino que habéis dado pruebas de extremada generosidad.

DE RHODAS

¿De generosidad?

SARTIGNY

Si soy indiscreto, amigo mío, me callaré... pero creía poder hablar con vos con toda franqueza.

DE RHODAS

Así es; podéis, por tanto, decir cuanto se os ofrezca.

SARTIGNY

¡Pues bien! Sé, como lo sabe todo el mundo, que habéis sido siempre amigo íntimo de la familia de la señorita de Cérences, en la actualidad señora de Epinoi; y, como la generalidad de las gentes, supongo que habíais concebido por ella sentimientos que es ciertamente muy apropiado para inspirar...

DE RHODAS

Todo eso es exacto, y mis sentimientos no han cambiado en nada... Quiero muy de veras en la actualidad á la señora de Epinoi, del mismo modo que quería antes á la señorita de Cérences.

SARTIGNY

¡Pues bien! Os repito que habéis dado pruebas de la mayor generosidad, consagrando vuestros cuidados y vuestro talento á servir los intereses de su marido.

DE RHODAS

Os haré observar, Sartigny, que sirviendo á los intereses del marido servía también á los de la mujer... Además, debo deciros que el que la señorita

de Cérences me postergase á de Epinoy, ni me ha sorprendido ni me ha contrariado tanto como os hubiera sorprendido y contrariado á vos, si os hubiéseis encontrado en mi lugar... Aunque mi fortuna y mi posición social me permitían aspirar, sin ponerme en ridículo, á la mano de la señorita de Cérences, no se me ocultaba que mi profesión de abogado—que he elegido por gusto—no es de las que más hablan á la imaginación de las mujeres... Aún hay más: váis á conocerme á fondo, querido amigo: he tenido desde joven el buen sentido de comprender qué cierta fatalidad de la naturaleza me impedía desempeñar los primeros papeles cerca del bello sexo; que he nacido para los papeles secundarios... En vista de ello, me he acostumbrado—cosa que os parecerá bien rara—á quererlas por ellas y no por mí, en provecho suyo y no en provecho mío... Algunas veces me hace sufrir encontrarme reducido á este modesto empleo; pero, en cambio, me veo libre de muchas miserias y de muchos remordimientos, que hubieran sido para mí muy sensibles... Os citaré como ejemplo un detalle: á todas horas veo al amante de una mujer estrechar con rostro sonriente la mano de su marido... Pues bien: esto sería infinitamente penoso para mí.

SARTIGNY

Pero ¿cómo diablos queréis que se haga otra cosa? No es cosa de decirle al desgraciado: “¡No me toquéis... no me toquéis! ¡Soy el amante de vuestra mujer!,,

DE RHODAS

¡Convenido!... Pero os confieso que me admira lo que un hombre que pasa, con razón, por un perfecto caballero en las relaciones comunes de la vida, cree poder permitirse en el terreno especial de la galantería. En ese terreno todos los procedimientos le parecen legítimos... todos los medios le parecen buenos para turbar la paz de una familia; para sorprender sus secretos y propagar la discordia; para aprovechar las ocasiones y provocarlas cuando le conviene; para apresurar el naufragio y recoger los despojos... En una palabra: el hombre galante no reconoce ni privilegios, ni escrúpulos, ni moral, ni bien, ni mal, en cuanto se trata de los derechos superiores y sagrados de su amor... ¿No os parece esto sorprendente?

SARTIGNY

¡Quien me sorprende sois vos... querido amigo! ¿Cómo no habéis observado que en el amor, como en la guerra, se hallan en suspenso las leyes regulares de la moral, por una convención universalmente admitida? ¡Esto es elemental, amigo mío!... Voy á poner un sencillo ejemplo: nunca se os ocurrirá la idea, en tiempo de paz, de detener á un cartero en la calle y quitarle las cartas que lleva... mientras que en tiempo de guerra lo consideraréis como un deber... En la vida ordinaria el que espía es un miserable... en tiempos de guerra es un patriota y á veces un héroe, un mártir... Lo mismo ocurre en el



amor... todos los días aplaudís en el teatro engaños, verdaderas pilladas de enamorados, que caerían bajo la acción de los tribunales si no estuvieran legitimadas por su objeto... El público queda encantado al ver que se deshonra á un marido, que se roba á un tutor ó que se engaña á un padre... Tan general es la convicción de que el amor, como la guerra, da lugar á inmunidades casi indefinidas... Esta es la verdadera teoría en la materia, querido amigo; esta era la de los enamorados á quienes la historia hace más simpáticos desde el Rey David hasta Enrique IV, y esta es la mía.

DE RHODAS

¡Pues es elástica! ¿Y no os desagradaría aplicarla aquí?

SARTIGNY

¿Aquí?

DE RHODAS

¡Sí!... ¿Aquí... en esta casa?

SARTIGNY

¿Cómo podéis suponer en mí tan negros pensamientos? ¡Un matrimonio tan ejemplar!... Un marido que tiene la ventaja y el buen gusto de poseer á la vez una mujer bonita, que es un modelo de virtud, y una querida que es un modelo de lo contrario... ¡Si esto es la perfección!... ¡Sería verdaderamente criminal turbar una dicha tan completa, tan pura, tan respetable!... ¡Silencio!

(JULIETA aparece en el fondo y se detiene mirando á su alrededor; reconoce á de Rhodas y se dirige hacia él, diciéndole):

¡Ah! de Rhodas, os buscaba... He recordado de pronto que nos abandonaréis esta noche... y tengo que daros un encargo para París... Con vuestro permiso, señor de Sartigny... dos minutos tan sólo.

(SARTIGNY saluda y se aleja.)

## ESCENA VI

JULIETA, DE RHODAS

DE RHODAS

¡Un encargo!... ¡Estoy á vuestras órdenes!...

JULIETA (*después de asegurarse de que Sartigny se ha alejado y no puede oírle*).

¡No se trata de eso!... ¡Estoy loca, amigo mío!

DE RHODAS

¿Pues qué ocurre?

JULIETA

La fatalidad ha venido á herirme repentinamente... en plena fiesta, en plena confianza, en plena dicha.

DE RHODAS

Pero ¿qué es ello?

JULIETA (*entregándole una carta*).

Esta carta, que me han entregado al levantarme de